

# La muerte del conquistador

## I

**D**e muerte natural como Dios manda, piadosamente en su casa y en la cama con unción de santos óleos y en paz, no murió ninguno o casi ninguno de los conquistadores o exploradores que arribaron a las Indias Occidentales —luego bautizadas América—, sino que murieron de forma violenta, en combates; muertos por indios o por su propia gente, muertos de hambre, comidos caníbalmente, ahogados en mar y ciénagas; yertos en los neveros, ahorcados, decapitados, víctimas de sacrificios rituales, locos, descuartizados, olvidados, y puede decirse de aquella primera tanda ansiosa de gloria, riqueza y obcecada por la emoción del enigma o su sentido de la historia, predecesora de políticos y covachuelistas, que al menos pagó su culpa de agresión/expansión fatalizadas con lo máximo que poseía: la presta vida.

## II

«Todos los españoles que pasaban a las Indias Occidentales —escribía en el siglo XVII fray Prudencio de Sandoval— como por la mayor parte no llevaban otro cuidado de más que hacerse ricos (...) ni entendían en otra cosa que en llegar dineros y procurar volverse ricos a sus casas, para gozar de ellos en la dulce patria, deseo natural a todos». El obispo Sandoval hace el exordio para exaltar la hazaña de Cortés<sup>1</sup>. A nuestro propósito conviene retener ese «deseo natural a todos» cual es el de volverse ricos y gozar de gloria en la dulce patria, imagen correcta en cuanto a las pretensiones lógicas y aparentes del conquistador y de toda clase de individuos y empresas humanas.

De haber ocurrido así y verificado el regreso de la inmensa mayoría de conquistadores valientes y turbios a la dignidad apacible de la casa solariega y el lujo cortesano, pertrechados de oro y memorias arrogantes, entre plácemes regios, y envejecer bajo protección de escudo nobiliario tras el destripamiento de indios salvajes y bárbaras culturas paganas, o morir naturalmente en blando lecho con dosel entre deudos y

<sup>1</sup> *Prudencio de Sandoval: Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V, BAE, tomo LXXX.*

santos auxilios, es probable que los fantasmas del remordimiento histórico tuvieran alguna razón de ser. Y la conmoción dramática que producen los conquistadores carecería de muchas de sus legitimaciones. La muerte violenta —no siempre aguerrida, a veces vil— resta posible repulsión al regodeo miserable que produce el éxito total sobre un victimario inocente (respecto al invasor, no entre sí) compuesto de esclavitud y expolio y culturas desmanteladas, como viene ocurriendo desde los primeros balbuces civilizatorios mesopotámicos miles de años antes de Cristo, dicho sea de paso.

Esa misma muerte parece el requisito indispensable para entrar con cierta justificación elegíaca en la esfera de las causas perdidas expiatorias, las pasiones irredentas, los ribetes del mito y la ciega fatalidad del sino. En otras palabras, la muerte violenta de los conquistadores —sobradamente conocidas pero que nosotros aquí hemos coordinado un poco—, como en el teatro griego clásico, participa liberadoramente del «saber trágico» al modo en que lo estudió Jaspers. Para manifestarse requiere no sólo «la ruina de la vida como existencia, sino la frustración de todo fenómeno de perfección»<sup>2</sup>.

Con independencia del capitán Arana y sus 38 hombres, primeros muertos en tierra cronológicos de la conquista que Colón supo en el abatido fuerte de Natividad a su regreso a América en el segundo viaje, tan distinto al idilio de las islas paradisíacas pobladas por los buenos salvajes del asombroso viaje iniciático, podemos aproximarnos con algunos ejemplos descritos en su pura elementalidad a ese vasto suceder de incongruencia y desdicha.

Citar el desenlace luctuoso e iracundo del conquistador consagrado por rango y hazaña suele comportar también el exterminio de numerosa tropa y gente subordinada. El gobernador de la Española, Francisco de Bobadilla, el mismo que le echó los grillos a Colón y a sus hermanos y los devolvió presos a la metrópoli, se ahogó en el mar con 300 hombres y un tesoro. En las guerras del Perú hubo feroz carnicería de cristianos contra indios, de indios contra cristianos y de cristianos contra cristianos. Es lo más llamativo respecto a cualquier intento de consideración moral. El hecho de que los invasores se mataran entre sí y los invadidos se mataran también entre sí destierra toda posibilidad de coherencia en orden a administrar juicios morales. No sé hasta qué punto la muerte violenta exime del juicio moral, pero sin duda lo complica.

Juan de la Cosa, el cartógrafo de Santoña, propietario de la carabela *Santa María*, que acompañó a Colón en los dos primeros viajes e hizo el primer mapa de los descubrimientos, murió flechado por los indios en las costas caribeñas, junto a otros 70 españoles. Diego de Nicuesa, gobernador de Castilla del Oro y rechazado por sus compatriotas, murió ahogado. Juan Ponce de León, tan famoso al haberse dejado embaucar por uno de los sueños universales —la fuente de la eterna juventud, sugestiva como El Dorado o la Ciudad de los Césares—, puso nombre a Florida, la exploró, la intentó colonizar, y de allí se llevó la flecha ponzoñosa que habría de matarlo a poco en Cuba.

<sup>2</sup> Karl Jaspers: *Esencia y formas de lo trágico*, Sur, Bs. As., 1960. En la obra de arte lo trágico por definición no pertenece a la esfera cristiana, pero en la realidad los conquistadores ostentan la paradoja de un destino trágico siendo todos cristianos.

Juan Díaz de Solís, lebrijano —la misma villa sevillana que alumbró a Antonio de Nebrija, también conquistador a su modo (de la lengua castellana, que tiene más calibre expresivo que el filo de la espada)—, descubrió el inmenso estuario del Río de la Plata, que no era aún el anhelado paso entre los dos mares y que, además, le costó la vida. En un desembarco con pocos hombres para reconocer la ribera fue capturado por indios charrúas y tal vez comido a la vista de las carabelas fondeadas, que no pudieron impedirlo (nada impide tampoco generalizar los casos de canibalismo, con la diferencia de que los indios comían carne humana por un caso de cultura, y los cristianos por un caso de necesidad).

Tras una expedición esforzada y punitiva por selvas y sierras panameñas, Núñez de Balboa descubrió la mar del Sur y, antes de tomar posesión de lo que luego se conocería por océano Pacífico, esperó —a esto se le puede llamar «paciencia de plenitud»— a que llegara la marea. Enemistado con el gobernador Pedrarias Dávila, se casó no obstante con la hija de éste, pero por trágicos avatares maledicentes y celos de gobierno, el suegro lo mandó degollar junto a algunos de sus hombres. Pedrarias hizo lo mismo en otro momento con Francisco Hernández, explorador de Nicaragua. Rodrigo de Bastidas, fundador de Santa Marta, Colombia, murió traicionado por sus hombres, que le asestaron cinco puñaladas.

El portugués bajo pabellón castellano, Fernando de Magallanes, inició la navegación hacia las islas de las especias, descubrió el anhelado estrecho de su nombre (milagro que hoy no se conozca por el estrecho de Drake, que lo atravesó después, en una segunda vuelta al mundo, pues resulta curioso, entre otros avatares no ignorados, que ni América tomara el nombre de Colón ni el Pacífico el de Balboa) y murió en combate alanceado por los isleños. En la misma expedición iba el vasco de Guetaria Juan Sebastián Elcano. Tras infinita hambre y escabechina de hombres se alzó con el mando de la nao *Victoria*, y Dios lo alumbró para regresar a España por ruta contraria a la de salida. Esto supuso la primera vuelta al mundo y la demostración práctica de su esfericidad. Elcano obtuvo a cuenta del emperador Carlos V las distinciones merecidas. Tras la hazaña, el sufrir inapelable y la enorme dimensión del pèplo, es de suponer que Elcano entrara en la inercia de la gloria y acabara sus días en un rincón bucólico de sus verdes montes. No. Atacado de hambre y escorbuto, murió navegando otra vez por el Pacífico. Iba en la desgraciada segunda expedición a las Molucas que, al mando de fray García Jofre de Loaysa, también muerto junto a la mayoría de hombres y el destrozo de naves, no pudo desdeñar en sus intentos de supervivencia ingerir como alimento orina y piojos. En la experiencia única circunavegatoria aquellos obsesos en sus cáscaras de nuez royeron el cuero de los palos y se cotizaban las ratas a precio de oro.

Un Vázquez de Coronado, Juan, adelantado y gobernador de Costa Rica, murió en naufragio, como tantos —Pánfilo de Narváez, que se rebeló contra Cortés y quedó tuerto; Diego de Ordás, escalador del volcán Popocatepetl—, larga relación en cierto modo lógica: antes que pantanos, hambrunas, fiebres, fríos y flechas envenenadas ha-